

Joseba

*Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.*

*A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.*

*Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar*

Antonio Machado

'Retrato'

Era un día indeterminado de la primera quincena de septiembre de 1973, yo llevaba como mucho una semana en la galería de presos políticos de la cárcel de Carabanchel. A media mañana, la hora en que entraban los nuevos detenidos, llegó un joven con aspecto de buena gente, con la cara de no saber qué pintaba allí, probablemente asustado, desorientado. Lo puedo entender porque yo también llegué así a pesar de que sabía que iba a encontrar camaradas ya conocidos.

Era Joseba, entonces aún era José Carlos. Nos dijo que le acusaban de pertenecer al FRAP. Era una acusación injusta, él prácticamente no sabía qué era el FRAP. Se integró en nuestra comuna. Era navarro, algo mayor que yo, serio y tímido pero entrañable y con un sentido del humor que le ibas descubriendo poco a poco. Siempre me pareció un personaje machadiano.

En aquel momento no sabía que iba a compartir con él año y medio de nuestra vida en la cárcel y magníficos momentos de amistad en los muchos años posteriores. Y ayer, un mensaje en el móvil me anuncia la muerte de Joseba, mi amigo navarro, mi compañero de sumario y de cárcel en aquellos lejanos años de 1973, 74, 75, mi entrañable amigo de los tiempos en que nos veíamos frecuentemente en Zozaia, Donostia, Pamplona.

Se me acumulan los recuerdos.

¿Qué hacía Joseba allí, en aquella cárcel? A alguien recién detenido conmigo, le pillaron el pasaporte de Joseba falsificado. Fueron a buscarlo a su casa en Pamplona. No importó si lo había perdido o lo había entregado. Pasó algo así como año y medio con nosotros sin que nadie se explicara por qué. Lo estoy viendo ahora mismo, en aquel patio, jugando al frontón con los vascos de la comuna de eta, tan concentrado en el juego. Y los gestos de rabia cuando perdía, más impostados que reales.

Como me ha ocurrido con tantos queridos amigos, tras pasar muchos años viéndonos continuamente, ahora llevábamos tiempo alejados. Sin razón aparente, porque la vida te lleva hacia otros lugares. Siempre que he recuperado el contacto con alguno de aquellos amigos de 'la guerra' nos hemos sentido como si no hubiera pasado el tiempo, como si hiciera dos o tres días que nos habíamos visto. Con Joseba hubiera sucedido igual, estoy seguro.

Pero ya no sucederá, y siento una terrible tristeza, porque en los últimos años sabía que estaba mal, que ya no era el Joseba de siempre y, tras un intento fallido, por culpa de la nieve, de ir a verle, ya no volví a llamar. Reconozco que el miedo a verle mal, a que no me reconociera, a que no fuera él, me paralizó.

Pero he recordado y recuerdo muchas cosas:

La cárcel. Era muy difícil soportar aquella situación para todo el mundo, pero nosotros éramos militantes y sabíamos que la cárcel podía llegar a nuestra vida en cualquier momento. Él no podía haber pensado nunca que le sucediera aquello, creo; pero lo llevó con una dignidad impresionante y con una gran solidaridad y paciencia. Era necesaria mucha paciencia para soportar nuestros rollos teóricos en las reuniones.

Salió en 1975, unos meses antes que yo, pero el franquismo todavía no había muerto y le tenía reservados más castigos de los que prefiero no acordarme. Sólo, muchos años después, aquella dificultad para pasar por delante de la comandancia de la guardia civil cuando íbamos desde mi casa en el barrio del Antiguo de Donostia hasta la playa.

Josune, no quiero cansarte con esto, con algo que tú también has vivido todos estos años, pero mi cabeza bulle:

Cuando decidió, con cuarenta años, correr el primer maratón, No solo lo terminó sino que siguió en ello no sé hasta qué edad.

Cuando comenzó a trabajar como maestro en Oronoz-Mugaire. Me sigue impresionando saber que fue a ver a los guardias civiles –él que tanto los había sufrido- para convencerles de que dejaran a sus hijos aprender euskera en la escuela.

Aquella vida en el caserío en Zozaiia, que tanto cuadraba con su forma de ser y tanto le gustaba. Cuando te quedabas a dormir te contaba que las toallas debían de raspar para que regeneraran la piel. Yo he sido siempre de ciudad y un poco blando pero aprendí del maestro.

Siempre fue un amigo entrañable revestido de una cierta coraza de ‘gruñón’ tan fácil de desmontar, solo rascando un poquito. Así lo recuerda, con mucho cariño, mi hija June que tan feliz se sentía de pequeña en aquel caserío.

Creo que fue en Pamplona la última vez que le vi, hace años, en la plaza del Castillo. Él estaba corriendo vestido de *korrikalari* y yo estaba de paso. Los dos habíamos envejecido pero él conservaba la agilidad del corredor de fondo. Fue un encuentro breve, estaba sudado, demasiado breve para ser un último recuerdo. Yo seguí mi camino, no sé qué hacía allí ese día, y pensé que seguía siendo, treinta años después el hombre bueno que siempre fue, abierto y generoso aunque se escondiera tras un escudo de presunta timidez; decidido y valiente a pesar de que la vida le dio golpes muy duros.

Sé que en los últimos años fue olvidando muchas cosas, mucho de su vida, seguro que nos olvidó a nosotros; pero ayer una catarata de mensajes de WhatsApp demostró que nadie de los que le conocimos le ha olvidado. Ni le olvidaremos nunca.